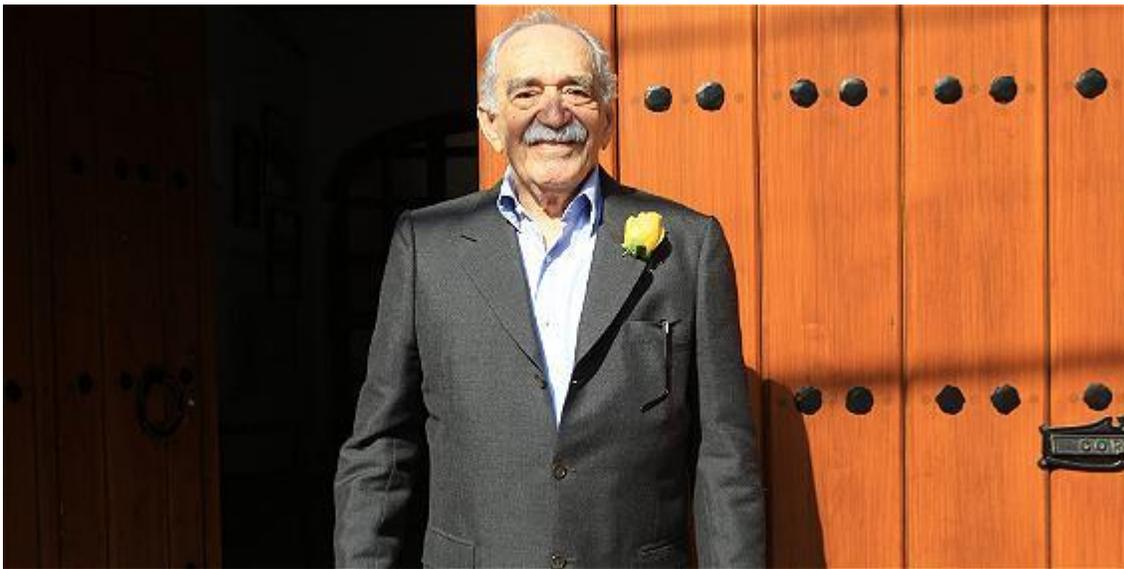


## La huella que deja García Márquez en el DF

Desde su llegada, en 1961,  
Gabo recorrió lugares de México que terminaron marcados por su presencia.



García Márquez, en la puerta de su casa, en la colonia El Pedregal

Ciudad de México. Su último cumpleaños, el número 87, en marzo pasado, García Márquez lo celebró con su esposa, Mercedes, y un grupo de amigos en el restaurante El Cardenal, a pocos minutos de su casa, en la colonia San Ángel. A ese lugar iba con frecuencia, entraba por la puerta lateral (para evitar lo más posible ser el

### Biografía

foco de miradas), se sentaba en la planta baja, en un salón privado preparado para su visita, y pedía su pescado de siempre. “Este restaurante existe por don Gabriel, de eso estoy convencido”, dice Leopoldo Chávez, administrador de esa sucursal y uno de los que atendían a Gabo desde

cuando el escritor iba a la sede de El Cardenal, en Alameda, en el centro histórico, hace una década. Desde entonces,



Gabo, que se volvió amigo de los dueños –la familia Briz Garizurieta–, les preguntaba con insistencia cuándo iban a abrir un restaurante más cerca de su casa, seguro aburrido de los eternos trayectos en carro en Ciudad de México.

### Biografía

Y lo hicieron: abrieron esta sucursal en el sur del DF, en una casona de finales del siglo XIX, donde el mes pasado le cantaron Las mañanitas.

Así querían a Gabo.

Ellos, y el resto de mexicanos.

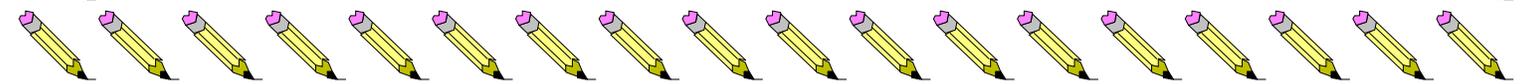
García Márquez, su esposa y su primer hijo, de brazos, llegaron en tren a Ciudad de México en junio de 1961, a la estación Nuevo Laredo en Tamaulipas (que hoy, por ese motivo, se llama estación Palabra Gabriel García Márquez). Venían de Nueva York, donde el escritor acababa de renunciar a su trabajo en Prensa Latina; llegaron con menos de veinte dólares y “nada en el porvenir”, como él mismo contó. En la estación los esperaba Álvaro Mutis, que se volvió una especie de ángel protector para ellos en sus primeros meses en el DF. Les ayudó a conseguir un apartamento en la calle Mérida, su primer hogar en esa ciudad, de donde se

**Biografía**

trastearon poco después a uno más grande aunque vacío –solo tenían un colchón y una mesa– en la calle Román. Sin un peso en el bolsillo y un segundo niño en camino, Gabo aceptó un empleo como editor de dos revistas, La familia y Sucesos para todos, en las que trabajó sin firmar ni figurar porque sentía que no tenían que ver con lo que él quería hacer de su escritura. Le pagaban bien. Empezaron a llegar los electrodomésticos a casa y un Opel blanco sedán modelo 62. Luego vinieron los empleos en publicidad, los guiones de cine (en los que trabajó con Carlos Fuentes y Arturo Ripstein, entre otros) y una casa nueva, que Gabo describió como “formidable, con jardín, estudio, en un sector muy tradicional”.

La casa quedaba en la colonia San Ángel Inn, en la calle La Loma, número 19.

Esa casa, donde, entre 1965 y 1966, escribió Cien años de soledad, está hoy tal como él, su esposa



**Biografía**

y sus dos hijos la habitaron. Su propietario, Luis Coudurier –“uno de los hombres más elegantes y pacientes que habíamos conocido”, dijo Gabo en su discurso del Congreso de la Lengua en Cartagena, cuando le agradeció haberlos esperado durante meses para el pago del arriendo– le encargó a su hija Laura Coudurier que la mantuviera igual que cuando el escritor vivió en ella. En el 2006, Gabo y su esposa se encontraron por casualidad con Laura y acordaron una cita para visitar la antigua casa, de fachada blanca. Al cruzar la puerta, Gabo se detuvo en el jardín y se quedó mirando el aire, como si la memoria, a saltos, lo llevara cuarenta años atrás. “En este jardín, Mercedes extendía la ropa. Un día vi cómo las sábanas se sacudían con el viento. Entonces se me ocurrió lo de Remedios la Bella subiendo al cielo”, dijo.

**Biografía**

Laura Coudurier recuerda cada detalle de esa visita y de la placa que pusieron en la puerta ('En esta casa García Márquez escribió Cien años de soledad') cuando Gabo ganó el Nobel y que solo duró una noche. "Se la robaron ahí mismo –dice Laura, que cuenta que el contrato de arrendamiento de Gabo tenía la firma de Ripstein como aval–. De pronto la quitó él mismo, quién sabe, porque nos advirtió que no quería placas. Nos advirtió que eso era para los muertos."

Ella quiere poner de nuevo una placa.

Y hacer allí un museo.



**Biografía**

La semana siguiente a la muerte de García Márquez, en esa casa de La Loma también hubo flores amarillas. Por ahí han pasado varios inquilinos, que saben que deben cuidar cada detalle, sobre todo las puertas de madera que el escritor puso entre sala y estudio y el piso de parqué. Ese estudio –al que Gabo llamaba “el cuarto de la mafia” y sus amigos le decían “el rincón de Melquiades”– es hoy una sala de estar con un televisor de pantalla plana y cuatro bafles de alta fidelidad. Sonja, la nueva inquilina, es una alemana que vive con su esposo mexicano y un bebé recién nacido. Aunque sus habitantes sean otros y ya no esté la máquina Olivetti del Nobel, este espacio, de unos cuatro metros por tres y con una ventana que da a un patio trasero que es solo de cemento, mantiene la presencia del escritor colombiano: en la mesa del estudio hay un ejemplar en alemán de *Vivir para contarla*.

**Biografía**

Sonja lo empezó a leer hace poco. Leben, um davon zu erzählen dice su título.



\* \* \*

Un día después del homenaje en Bellas Artes, la calle del Fuego tenía la tranquilidad de una calle cualquiera de El Pedregal en el DF. Ya no estaban las cámaras ni los reporteros. Ya no había policía ni flores en la puerta. Adentro: una familia de luto. “La Gaba está fuerte, sólida, como siempre. Viviendo su dolor en soledad. Cuando ella ve que

**Biografía**

se me están asomando las lágrimas, me dice: 'Aquí no me vaya a llorar' ", cuenta Magdalena Rodríguez, amiga de la familia.



Esta casa de la calle Fuego era el lugar donde Gabo solía pasar la mayor parte de sus días, escribiendo de 9 de la mañana a 2 de la tarde, horario al que se acostumbró desde cuando sus hijos, Gonzalo y Rodrigo, eran pequeños. La misma casa que se llenó de centenares de periodistas cuando el mundo conoció la noticia del Nobel en 1982 y que muchos han visitado solo

**Biografía**

para verla, así sea de lejos. El mexicano Xavier Velasco, ganador del Premio Alfaguara en el 2003, solía ir a pararse frente a la puerta cuando era un estudiante. Llevaba a sus compañeros con él y les decía que ahí vivía García Márquez. “No me atrevía a timbrar; solo la miraba y pensaba que era posible el sueño. Era como una inspiración”.

Gabo salía de su casa a encontrarse con sus amigos. A la casa de Carlos Fuentes, en la calle Santiago. A la de Álvaro Mutis, en la calle Hidalgo. Al bar Siqueiros, donde era muy habitual encontrarlo. La última vez que lo visitó –siempre iba con Mercedes tomada del brazo– fue en noviembre del año pasado, cuando el bar todavía quedaba en el Poliforum Siqueiros, en el World Trade Center. Para llegar allí había que bajar una escalera larga. “Lo único que le vi de

**Biografía**

vejez a Gabo fue que empezó a usar bastón. De resto, para mí, él estuvo entero hasta el final”, dice Magdalena Rodríguez, propietaria del bar y “presidenta del club de fans de ‘los Gabos’ ”, como ella se define.

García Márquez se sentaba siempre en la mesa número 5, amigo como era de repetir rutinas. En ese lugar, lleno de caricaturas de personajes de la cultura (la de Gabo, la más grande, estaba colgada entre la de David Alfaro Siqueiros y Octavio Paz), se reunía a verse con sus amigos y a tomar unas champañas. Bailaba y cantaba en voz baja (más bien haciendo la mímica de las canciones, aunque se sabía las letras). Joaquín Sabina, Silvio Rodríguez, Carlos Fuentes, Jacobo Zabłudovsky, entre otros, aparecen en las fotos que Magdalena despliega en una mesa de recuerdos. También está, varias veces, con la

**Biografía**

escritora mexicana Ángeles Mastretta. La autora de Mal de amores recordaba que en una de esas reuniones Gabo los regañó porque estaban criticando a alguien. “Nos dijo: ‘Basta, gente tan bonita a la que le va tan bien hablando mal de otros’ ”. Les soltaba lecciones de vida al tiempo que les enseñaba a bailar vallenato. Y cuando llegaba la hora de retirarse, Magdalena le pedía al pianista que anunciara por el micrófono que Gabo ya se iba. La gente paraba su charla y lo despedía con palmas. “Por eso me gusta venir aquí, porque me aplauden”, dijo una vez Gabo. Aplausos no le faltaron en ninguna parte.

El Tiempo, 3 de mayo 2014, María Paulina Ortiz. Enviada especial